

Editorial

La ciencia como un problema de los estudios de la comunicación

<http://dx.doi.org/10.18566/comunica.n37.a01>

El pasado mes de agosto de 2017 una de las noticias más impactantes para el sector de la ciencia y la tecnología en Colombia fue la reducción dramática del presupuesto del Departamento Administrativo de Ciencia, Tecnología e Innovación (Colciencias). Esta situación generó varios pronunciamientos y movilizaciones en torno a la financiación de la investigación en Colombia. También es importante destacar que este hecho se dio en medio de los debates por la nueva clasificación de las revistas colombianas en el índice nacional Publindex que, de tajo, eliminaba más de 400 revistas de la clasificación por no ser consideradas revistas de impacto, sin una política de incentivos clara para el fomento y el apoyo económico de estas publicaciones.

Luego están las controversias sobre los índices bibliográficos de citación y la presencia de las ciencias sociales y humanas regionales. Es un asunto incómodo que no se resuelve como colectivo. Algunos optan por seguir las reglas del sistema a regañadientes, otros se marginan y otros juegan a doble banda. En contraste con los altos índices de citación de las ciencias de la salud, las exactas y naturales, las ciencias sociales aparentan estar aún en pañales, si ese fuera su único parámetro de observación.

Pareciera existir una crisis generalizada. Algún tipo de abismo amenaza las posibilidades de la investigación social y humana en nuestro entorno hispanohablante. Países como México, Chile o Colombia repliegan sus políticas de internacionalización de la ciencia a la aspiración de ocupar los primeros puestos en la citación de las principales revistas científicas norteamericanas y europeas. Y, sobre todo, existe el deseo de pasar de escribir en español a inglés, porque está mejor valorado.

Todos los pronunciamientos al respecto han tenido un corte más gremial que científico. Los debates políticos y organizacionales, acerca de lo que se debe o no financiar, están llenos de una gran cantidad de generalizaciones sobre lo que debe y no debe ser el fomento a la ciencia y la investigación. No

Gabriel Vélez Cuartas

Departamento de Sociología. Grupo Redes y Actores Sociales. Universidad de Antioquia. gjaime.velez@udea.edu.co

hay parámetros para definir las agendas más apropiadas. Todos podrían ser temas primordiales y todos tienen riesgos de quedar por fuera del pastel. Aquí es donde los estudios de la comunicación tienen un papel central.

Un rodeo: uno de los problemas fundamentales, que abordaron los primeros constructores de la teoría social en el mundo (Max Weber, Auguste Comte, Edmund Husserl, Alfred Schutz), fue el papel de la ciencia en el desarrollo de las sociedades modernas. Este se trasladó, rápidamente, a la creciente e industrializada nación de los Estados Unidos de América, pero Latinoamérica estaba en otros debates. Las preguntas de estos padres de la teoría social estaban ligadas a la forma de inserción del pensamiento científico en la construcción de los sistemas nacionales. Estas cambiaron después de la Segunda Guerra Mundial hacia el problema de la construcción del *ethos* científico y el desarrollo de las comunidades académicas como grupos sociales con sus particularidades, como lo plantearía el gran sociólogo de la ciencia Robert K. Merton en los años sesenta.

Este tránsito fue muy importante, pues el objeto de los estudios sociales de la ciencia se tornó en un objeto comunicacional. Sí, un objeto comunicacional. Suena extraño, pues estamos acostumbrados a asociar el término comunicación con los estudios culturales, la mediología, estudios de audiencias, públicos y cualquier parte del proceso de emisión-recepción o simbolización de la realidad, sea desde la cibernética o la semiótica o los estudios críticos de la comunicación de fuentes marxistas.

Pues sí, la ciencia se convierte en un problema de la comunicación cuando se transita de la preocupación por los contextos de descubrimiento y justificación a los estudios sobre volumen de producción escrita, citación, conformación de comunidades de interacción, comunidades epistémicas, como lo llamaría Knorr Cetina, o colegios invisibles, que es un concepto de Diana Crane y Derek de Solla Price. Resulta que la explosión de la productividad, a partir de la Segunda Guerra Mundial, comenzó a requerir una cantidad importante de mecanismos de regulación de la comunicación científica; y así surgieron metodologías desde los años sesenta del siglo xx, para dar cuenta del potencial de esas comunidades.

Surgen, en la investigación, asuntos relativos a problemas de liderazgo, construcción de poderes y estrategias de visibilidad; además de la generación de multiplicidad de medios de comunicación de los resultados científicos, que van desde los muy especializados, como artículos y patentes, hasta cartillas y obras de teatro, para explicarlos a comunidades no iniciadas en los estudios de la ciencia. La generación de procesos participativos en la investigación, y la irrupción de la Investigación-Acción Participativa, ha estado a la orden del día como problemática comunicacional. Todas y cada una de

estas preocupaciones representan problemas básicos de comunicación; sin embargo, no han sido un campo atractivo para los investigadores.

Ahora, ¿por qué es importante hacer esta parada en el camino y proponer nuevos objetos para nuestra región? Básicamente, porque la crisis que vive la ciencia y la tecnología en Latinoamérica no tiene respuesta desde el punto de vista del conocimiento real de las dinámicas de los científicos, y de lo que están comunicando y cómo lo están comunicando. La ciencia tiene filigranas muy detalladas sobre los distintos canales desde los que se comunica. Es capaz de crear procesos de interacción en donde más de mil autores pueden escribir un artículo de diez páginas sin, tal vez, nunca verse la cara entre muchos de ellos, como sucede en el campo de la física de altas energías. O, si observamos las dinámicas de ciertas ciencias sociales, en donde a once especialistas se les pide hacer un documento sobre los orígenes del conflicto y salen once artículos con once visiones diferentes sobre el problema y, sin embargo, también están haciendo ciencia.

¿Qué sucede en Colombia, Chile, México, Brasil o Argentina? ¿Hay comunidades científicas tan fuertes como en Europa? Y antes de dar una respuesta: ¿Hay datos empíricos sobre estos desde el punto de vista de los estudios de la comunicación? A pesar de todos los discursos decoloniales y muticulturales, ¿es realmente posible decir que hemos construido algún tipo de pensamiento propio? A lo que nos referimos es si se pueden encontrar textos que influyan como lo hicieron los de Kant o Popper, o cualquier otro autor que, seguramente, está en nuestras bibliografías y no son latinoamericanos y que, por lo regular, tienen todo el peso del modelo teórico que estamos empleando.

El problema de Colciencias o Conacyt o Conicet o Conicyt o cualquier otro organismo Latinoamericano con los investigadores no es, realmente, su modelo de internacionalización de la ciencia. El problema es que desconoce nuestro *ethos* científico porque no tenemos estudios suficientes sobre la construcción de comunidades académicas que se comunican, como tarea principal, y que a través de ella generan efectos inmediatos sobre los modelos económicos, las decisiones públicas, las transformaciones tecnológicas y la vida cotidiana. Pregúntese la próxima vez que utilice su celular si hay algún latinoamericano detrás de alguno de los inventos que hace posible esta tecnología móvil. Probablemente no sea dueño de la patente, pero puede que, a través de algún proceso de comunicación que no conocemos, haya participado en la construcción de lo que, según el Foro Económico Mundial, ha sido llamada la cuarta revolución industrial.